

MAE WEST, UNA MUJER DE CARNE Y HUESO

Las heroínas de la pantalla, suelen ser neurasténicas—dice André R. Mauge, en una importante revista profesional francesa—. Debilitadas por regímenes implacables, pasan languidamente sobre un cuerpo flexible un cuerpo marchito donde los ojos, pudiendo apenas sostener el peso de las pestañas, viven sólo una vida febril. En las situaciones más vibrantes, en las más trágicas circunstancias, apenas dejan escapar una lenta sonrisa o algunas palabras irónicas pronunciadas con voz sorda y gutural. Parecen ignorar el estallido de la risa y los rápidos movimientos juveniles. Abandonadas entre los almohadones de los divanes, no encuentran alguna energía sino para enrollarse alrededor de un hombre, o para prolongar durante minutos enteros besos glotonos y perversos semejantes a extraños sobresaltos voraces de raras flores carnívoras.

Y he aquí que en este lado tranquilo de introspección y de neurosis, donde la Garbo, la Dietrich, la Crawford, flotan como románticos nenúfares, ha caído una piedra, salpicándolo todo en torno suyo, esta piedra es Mae West.

El encanto de Mae West está en los antipodas del indiferentismo distraído de superioridad, de la enfermiza languidez, que son las armas habituales de las más atractivas figuras femeninas del cinema. Esta actriz teatral, célebre en Broadway y llegada tardíamente al cinema donde un éxito inmediato la esperaba, es lo que a principios de siglo se llamaba «una hermosa mujer». Posee ese cuerpo suave, carnoso, que se adviene perfumado, estas curvas opulentas y firmes que admiraban nuestros abuelos, antes de la era de las caderas estrechas, el pecho de Efeo y los modales masculinos. Según los cánones actuales, Mae West gorda, sin duda parecería ridículo con un traje de deporte, al lado de las esbeltas andróginas de hoy día.

Mas apenas se pone el largo corsé de brillante raso, las voluminosas «toilettes» complicadas del ochocientos, vemos renacer una imagen desaparecida, la de la mujer de otros días, adornada con todos los atributos de una moda anticuada y deliciosa; la figura de la mujer no endurecida por los deportes y quemada por el sol, sino blanca y suave de piel, redonda de formas, con ese delicado atractivo de las porcelanas, de las cosas tiernas y frágiles. La mirada desacomodada acaricia con curioso placer este escote encantador, este busto espléndido y blanco como la nieve, del que parece mostrarse orgullosa al ofrecerlo como principal atractivo entre los del traje ornado de encajes.

Mas aún no es esto lo principal.

A esta figura regia se une un buen humor vibrante, desbordante de salud y que rebosa en palabras alegres, en risas francas, en ocurrencias acerbas y cínicas. Una vitalidad invencible se desprende de esta mujer robusta que no se asombra de nada. La sentimos voluptuosa y bien alimentada, pronta al placer, libre de inquietudes, indiferente a la duda, al escrúpulo, al remordimiento. Y de pronto, después de admirarla, las deliciosas criaturas anémicas que hasta ayer admiramos nos parecen débiles, sin color, aburridas, inutilmente complicadas.

Mae West, después de haber debutado triunfalmente en un papel episódico de «Noche tras noche», acaba de causar una revolución en «Lady Lou». El asunto de este film Paramount, es la historia de una cantante de café concierto de fines del siglo pasado, adoptado de una obra de la cual ella es autora y que tuvo un éxito resonante en Nueva York. En este film tenemos ocasión de admirar a una Mae West resplandeciente de diamantes y de una belleza de flor espléndidamente abierta bajo el alto peinado lleno de complicaciones y los grandes sombreros adornados de plumas lloronas. Y el eco de la risa que provoca su humorismo brutal, ha atravesado el Atlántico.

Esta mujer extraordinaria, ¿va a renovar la moda? He aquí algo que no puede aún decirse. El elemento femenino permanece fiel a Greta Garbo y a la línea, pero los hombres parecen volver a encontrar con entusiasmo un ideal perdido que tal vez creían desaparecido para siempre. El porvenir nos dirá si esta curiosa intromisión de lo retrospectivo está llamada a crear por lo menos un nuevo estilo entre las sombras del cine.

¿Cómo cambian los tiempos!

Mae West, la misma Mae West, a cuyos anuncios se negaban a dar publicidad los grandes diarios neoyorquinos hace siete años, cuando la obra teatral «Sexo», escrita e interpretada por la famosa actriz, escandalizaba a unos, entusiasmaba a otros, y traía revueltos a todos, es ahora la estrella a la cual ha convertido la película «Lady Lou» un ídolo de los públicos del mundo entero.

Revistas de tanta respetabilidad como «Vanity Fair», «Harper's Bazar», «Vogue», «Times», dedican no escasa parte de sus columnas a las agudezas de Mae West, acerca de la moda. Porque, como es sabido, la triunfadora de la pantalla es una innovadora en punto a estética femenina.

No es el caso nuevo; por el cual, como sucede ahora con la voluptuosa actriz que con tanto brío ha vuel-

to por la preponderancia de las curvas, el paria de ayer se convierte en el ídolo de hoy.

Sin salir de los Estados Unidos, tenemos a los novelistas Thomas Hardy y Theodore Dreiser, a los cuales volvió la espalda el público porque, en época en que proceder así venía a ser casi un delito, no excusaron tratar con franqueza en sus obras los problemas del amor y de la vida. Dos grandes poetas norteamericanos, Walt Whitman y Edwyn Markham, ilustran igualmente el punto que ellos, como los dos novelistas antes mencionados, vieron en un principio condenados y rechazados por ciertos puritanos censores. Olga Nethersole, la Nazimova y otras actrices, no escaparon mejor en aquellos días en que el público parecía siempre pronto a escandalizarse. En cambio, Mae West, que más que ninguna otra fue víctima de esa estrechez de criterio; atribuye su éxito presente a que el público de ahora, lejos de enojarse porque le muestren la verdad tocante a problemas morales y amorosos, pide la verdad y la aplaude. Lo cual denota que el público ha progresado.

EL MONSTRUO DE LA SELVA

Peggy Shannon debe su carrera a un truco de reclame

De una pequeña hacienda en la comarca célebre por la cría de cerdos, a Broadway; de campesinita ingenua a beldad de las «Follies» de Ziegfeld... ¡y todo en dos semanas!

Peggy vino con su madre a ver las maravillas del tan sonado Nueva York, y en la pensión donde pararon se hospedaba Bill Page, agente de publicidad del difunto Flo Ziegfeld. Encantado con los largos cabellos de Peggy, su indumentaria campesina y la candidez de sus modales, concibió un golpe de reclame que su jefe aceptó, y anunciaron a Peggy como una atracción especial: la candida campesinita, recién llegada del campo, que haría la competencia a las beldades capitalinas de las Follies. Y Peggy fue sometida a un proceso pulidor; se le enseñó a bailar, a cantar, a llevar bien los vestidos suntuosos de la revista y a caminar en la escena con el garbo propio de una beldad ziegfeldina. Se le hicieron entrevistas, se escribieron reportajes—Page, el descubridor, se multiplicó—, Peggy apareció en los rotativos, en boletines, cartelones... y por último en el coro de las Follies.

Y para sorpresa del mismo Page, al mes de haber terminado la temporada de las Follies, aparecía en una obra dramática en Broadway al lado de Mayo Methot, y la Gran Vía Blanca la vio ascender por seis años. Fue entonces a Hollywood, y la tímida campesina ha sido luminaria en la pantalla. Su última película es «El monstruo de la selva», con Donald Cook, Alan Dinehart y Dudley Digges, del sello de Columbia.

JIMMY DURANTE, EL HOMBRE Eddie Cantor y las mujeres

Uno de los humoristas de la antigua escuela, decía tristemente, y con toda verdad:

—Nadie comprende al actor cómico.

Esta observación encierra mucho de psicología.

Cuando Sir Harry Irving se mostraba festivo, la gente sonreía, diciendo:

—El gran trágico disfrutó de un rato de esparcimiento.

Si aparecía reservado y de mal humor, la gente meneaba la cabeza, murmurando:

—¡Oh, está acumulando energía para la tremenda interpretación de esta noche!

Los actores cómicos jamás gozan de tales prerrogativas. Cuando están en vena de alegría y los chistes vuelan y chispean con gracia y fluidez consumadas, el público lo recibe como cosa natural, como algo que debe esperarse de ellos. Si aflojan por un momento, si una sombra obscurece su fisonomía, entonces son «malhumorados», «no tienen correa», etcétera. Por eso es que los actores cómicos rara vez se dejan conocer del público de otra manera que como aparecen en la escena.

Ahí tenemos a Jimmy Durante, por ejemplo. El eminente «Narigudo» está tan identificado con su leyenda de vis cómica, que apenas habrá veinte personas que lo conozcan realmente, sin el «hot-cha», el inglés envesado, en una palabra, sin todas las marcas de fábrica que le han valido su ascenso a las cumbres de la hilaridad.

Si el «Narigudo» se permitiera alguna vez hablar en público en vena seria, reposada, discreta, la gente se mostraría sorprendido, sacudida la cabeza y pensaría que había empezado a declinar.

Las personas que verdaderamente lo conocen, saben, sin embargo, que por más interesante que sea Durante, el payaso, el otro Durante, el lector concienzudo, el músico de talento (porque Durante tiene verdadero talento musical); Durante, el hombre que se deleita en el ambiente refinado y tranquilo del hogar, es la personalidad sobresaliente.

Si al «Narigudo» se le ocurriese presentarse en una sala de conciertos, vistiendo el immaculado traje de etiqueta y arrogantemente erguido frente a un piano de cola, anunciando al auditorio: «Señoras y caballeros, esta noche me propongo ofrecerles una velada de ópera», la concurrencia estallarían en violentas carcajadas. Las damas se inclinarían hacia su vecino, diciendo, probablemente: «Qué hombre más divertido!».

Y, sin embargo, algo por el estilo aconteció, en realidad.

Una noche, en Hollywood, Lawrence Tibbett, el de la voz de oro, era el invitado de honor en una numerosa recepción. Jimmy Durante contábase también entre la concu-

rencia. Por una u otra razón, el artista que acompañaba a Tibbett al piano, no pudo asistir.

La dueña de la casa, no sabía qué hacer. Entonces, Durante se acercó a Tibbett y le dijo:

—Lawrence, si usted se arriesga, yo le acompañaré al piano.

—El caso es que no he traído nada de música.

—No hace falta. Puedo tocar de memoria.

Y como lo dijo, lo hizo.

Tocó y tocó selecciones de «Rigoletto», «La Bohème», «Carmen», «El barbero de Sevilla», «Il pagliaccio», «Don Giovanni», «Aida», «Parsifal», amoldándose a las fantasías del siempre asequible Tibbett.

La concurrencia, arrebatada por la espléndida voz del cantante, olvidó la figura del acompañante, olvidó que tenía la nariz más famosa en la historia, dándose cuenta solamente de que oía algo milagroso en canto, acompañado maravillosamente al piano.

Sus años de cante, sus años de «vaudeville», nada ha traído a Durante de la práctica y goce de la música clásica. Quien le hubiera visto aporreando las teclas casi hasta pulverizarlas en algún número de jazz, ¿cómo podría imaginarse que era capaz de acompañar de memoria a Lawrence Tibbett?

En otra ocasión, Durante se dirigía a Hollywood. Estaba leyendo en el coche de fumar.

Pasaron dos jovencitas.

—¡Mira, el «Narigudo!»—exclamó una de ellas.

—No, no es él—replicó la otra.

—¡Seguro! ¡Ahí está la nariz!»—insistió la primera.

—Ya la he visto—repuso la segunda—.

Se parecen mucho, pero es imposible. ¡Ese hombre está leyendo el «David Copperfield», de Dickens! Jimmy Durante, a fuer de cómico avisado, nunca intenta proceder en contrario a la opinión que el público tiene de él; pero su actitud frente al mundo es muy distinta de la que asume en su hogar.

Allí toca música clásica cuando le agrada, y jazz cuando así lo desea.

Su habilidad para intercalar palabras altisonantes en medio de sus frases jocosas, nace de largos años de lectura inteligente y escogida. Nadie podría trastocar el idioma como él lo hace, a menos de poseer un vocabulario enorme y conocer los significados de cada expresión.

Bajo las manifestaciones exteriores de su oficio, Durante es, sin embargo, hombre que piensa detenida y profundamente, que sabe adónde va, y que tiene la discreción suficiente para no permitir que su mano derecha, la que dispone los refinados detalles de su vida privada, se informe de lo que hace su mano izquierda, que carga las baterías de su mercurial y festiva personalidad de las tablas y de la pantalla.

Carmen DE PINILLOS

Si hay alguien en Hollywood, o en cualquier parte del globo, que tenga el derecho de considerarse un petito en chicas, indudablemente es Eddie Cantor, el cómico de los enormes ojazos. En la pantalla, siempre se le ve rodeado de esos cachitos de cielo que son las Goldwyn Girls. No exageramos, amigo lector o linda lectorita; tú las has visto en todas las películas que Eddie ha hecho para Samuel Goldwyn—«mensajes del otro mundo», «Whoopee» y «Fetero a la fuerza»—. Y volverás a verlas otra vez en su más reciente astracón, «Escándalos romanos», cuyo rodaje terminó hace poco y la cual será distribuida por la United Artists. Fuera de la pantalla, Eddie Cantor es el ufano papa de cinco pimpollos. Conque no es para admirarse que recientemente un compañero del gremio reportero acorralara al actor con el único fin de sonarle lo que opinaba en cuestión de chicas. Si esperas alguna profunda observación sobre tan peliaguda materia, vas a quedar defraudado. Dejaremos que hable el mismo Eddie.

—Creo que las muchachas son muy necesarias. Mas aún, me atrevo a decir que a veces son imperiosísimas. Mas para el caso, lo mismo ocurre con la cerveza de calidad, respect a la inglesa y patatas fritas. A mí me gustan mucho las chicas; tanto es así, que me casé con una. Conoci a mi media naranja en la clase de Aritmética, y desde que nos casamos, nuestro fuerte ha sido la multiplicación. Cuando me siento a comer, me rodean seis: Ida (mi señora), Marjorie, Natalie, Edna, Marilyn y Janet. Por el momento, no hay más.

—Para mí, una chica atractiva es aquella que no necesita lecciones de cocina, que sea maestra en aplicar la dosis requerida de sal, pimienta, mostaza y vinagre.

—Considerando el grupo corriente de coristas y el tipo de beldades que Mr. Goldwyn emplea para las esclavas romanas en mi nueva cinta, no se me podrá criticar que considere mi trabajo un gran placer. Si yo hubiese vivido en los tiempos en que Roma era la señora del mundo y uno de los pasatiempos favoritos era echar muchachas a los leones, si las chicas, en cuestión hubieran sido por el estilo de las Goldwyn Girls, más hubiera preferido ser león que ciudadano romano.

«Moulin Rouge», presenta da ante 900 empresarios

Alrededor de 900 empresarios de California asistieron a la exhibición especial de «Moulin Rouge», producción de «20th Century Pictures» (Films Siglo XX), para los Artistas Asociados, con Constance Bennett y Franchot Tone.



Carles Laughton, el famoso artista de la Paramount



Liliane Haid, la gentil y pizpireta «star» de los Estudios alemanes



Martha Eggerth y Hans Söcker, en una escena de la película de la «Ufilms», «El zarewitch»



Jacques Baumer, el gran actor francés, en una escena de la película «Ese sinvergüenza de Moran!»



Un emocionante momento, del film «Tempestad al amanecer», del que son principales intérpretes Walter Huston y Nils Asther, de la M. G. M.



He aquí otra escena, sugestiva y bella, de la película de la Metro, «Tempestad al amanecer»



Ronald Colman y Elissa Landi, intérpretes de «La máscara del otro», para los Artistas Asociados

MAE CLARKE, FELIZ Y TRIUNFADORA

Ahora la llaman en Hollywood la estrella afortunada.

Antes era la desgraciada Mae, la muchacha a quien perseguía la mala suerte en su afán de triunfar en el cine.

—¡Pobre Mae, que jamás consigue una buena oportunidad, que se pasa la vida corriendo de un Estudio a otro, que cuando logra participar en una película, le adjudican el rol más insignificante!—decían de ella, compadeciéndola, algunos admiradores sentimentales.

Esos admiradores no conocen bien a la verdadera Mae. Deberían observarla atentamente, oírle hablar de su alegre filosofía de la vida.

La filosofía de Mae es una filosofía de belleza.

Miss Clarke habla pocas veces de esta singular religión suya, de esta idolatría por todas las cosas bellas. Sin embargo, una de esas contadas ocasiones se presentó en el departamento fotográfico del Estudio, un amplio salón de cuyos muros cuelgan fotografías de las mujeres más lindas del mundo, y donde se guardan infinitos de preciosos objetos de arte.

Una música fascinadora llenaba el espacio encerrado entre aquellas cuatro paredes. Era una sinfonía armoniosa que transportaba la imaginación más allá del turbulento recinto dedicado a la producción de películas.

El fotógrafo, después de preparar luces y cámara, iba a sugerir una posición atractiva. Pero no hizo falta. Mae Clarke le había tomado la delantera y aguardaba frente a la lente. Se toma esa fotografía, y mientras el artista de la cámara se volvió para cambiar las placas, la modelo, con un gracioso movimiento, adoptó otra posición más atractiva aún que la anterior.

El buen hombre no pudo contenerse más tiempo en silencio, y preguntó:

—¿Por qué causa, miss Clarke, cuando se me ocurre una posición que acentuaría la gracia y la belleza de su figura, siempre usted se me adelanta, colocándose en una forma mucha más bella que la concebida por mi incompetente imaginación?

Mae Clarke, sonrió, no lo sé... Realmente—dijo—, no lo sé... quizás se debe a mi entusiasmo por todo lo bello... quizás a una especie de impulso inconsciente...

Y agregó, con un poquillo de engatusamiento:

—Soy una adoradora ferviente de la belleza. Supongo que esa es mi religión.

En efecto, casi desde la infancia, miss Clarke ha sentido la atracción de las cosas bellas.

Cuando chica, era fea. Todas sus compañeras de juegos infantiles eran más bonitas que ella. Y Mae suspiraba por ser también bonita.

—No era tan linda como mis ami-

gas—dijo—, y eso me afligía terriblemente. No sabía a quién echarle la culpa. Y me preguntaba si lo sabría Dios... si Él podría hacerme tan hermosa como las otras muchachas... para entonces rogarse.

«Pero nunca tuve valor para pedir belleza... de manera que me encerraba en casa, a veces días enteros, evitando que la gente me viera.»

El padre de Mae era músico. De él heredó indudablemente, su amor a la belleza encantadora de la música en sus diversas manifestaciones... sinfonías, óperas, bailables...

Ama también cuanto de bello encierra la Naturaleza, y los deportes al aire libre.

Excelente nadadora desde temprana edad, observa con interés la belleza de cada nuevo movimiento que alguien ejecuta en el agua o en el trampolín.

Fué en el baile, donde miss Clarke tuvo mejor oportunidad de dar rienda suelta a su reprimida admiración por la belleza, enseñando

«JUAREZ Y MAXIMILIANO»

La caída de un Imperio

Ya terminada, los que han visto proyecciones privadas la consideran el romance más bello y sentimental que se haya filmado en español. René Tirado Fuentes, en «Mundo Cinematográfico», admira la labor de su productor, Miguel Contreras Torres, el incansable luchador, como le llama, que ha logrado la digna culminación a sus esfuerzos, venciendo los obstáculos casi insuperables que en sus anteriores ha tenido que allanar a viva fuerza. Rodeado para la producción de «Juarez y Maximiliano» por un cuerpo de peritos, Contreras Torres ha sido el alma que ha animado la monumental empresa.

Con motivo del viaje de Contreras a Nueva York con una copia de «Juarez y Maximiliano» para la Columbia distribuidora mundial de la película, Tirado Fuentes cita lo siguiente, dicho por el joven productor: «—Mi anhelo ha sido hacer mucho tiempo llevar a la pantalla la película en que hoy trabajo afanoso. He pensado muy seriamente partir a los Estados Unidos, primero y a Alemania, después, para hacer una versión en inglés y otra en alemán. «Juarez y Maximiliano» me ha fascinado por tantos aspectos que tiene: el romántico, el sentimental y el profundamente humano de sus personajes: Bazaine, el coronel López, todos ellos, con Carlota y Maximiliano, tienen personalidad fuerte y definitiva.»

Tan satisfecha se halla la Columbia con la obra de Contreras Torres que así como lograron obtener la distribución de la película en los países de raza, anhelan también ser la productora que ha de colaborar con Contreras Torres en la producción de

constantemente nuevos y originales movimientos cadenciosos.

Y acabó por ser bailarina profesional, dedicándose a la carrera artística en teatros de variedades y en clubs nocturnos.

Cuando vino a Hollywood, le pidieron que se dejara tomar una prueba fotogénica, y como resultado, obtuvo un contrato por un año. Desde entonces ha participado en «Big time», «The dancers», «Front Page», «Public enemy», «Waterloo bridge», «Frankenstein» y otras películas de éxito.

Algunos de sus admiradores, sin embargo, continuaban todavía diciendo:

—¡Pobre Mae!

Entonces, la Metro Goldwyn Mayer decidió filmar «Perdona, señorita», con John Gilbert de estrella. Adjudicaron a Mae un rol importante, desempeñándolo con tal maestría, que inmediatamente la contrataron por largo tiempo. Y ahora, Mae dice:

—Siempre quise ser feliz y soy feliz. Siempre soñé con llegar a triunfar, y he triunfado.

JUAN MENENDEZ

«JUAREZ Y MAXIMILIANO»

La caída de un Imperio

la versión inglesa, y considera seriamente proponerle un arreglo para ser los que han de presentar a los países de habla inglesa este bellísimo romance, exactamente como ha sido producido en español.

Estrella japonesa en un nuevo rol

Toshia Mori, la simpática japonesa que Frank Capra descubrió y cuya labor en «La amargura del general Yen» la hizo famosa de improviso valiéndole la elección entre las «estrellas bebés» de 1933, descendiendo de una distinguida familia japonesa, cuyos varones, por siglos, han pertenecido a la profesión médica. Toshia no tiene hermanos, pero una de sus hermanitas se prepara actualmente para seguir la carrera y así continuar la tradición en la rama trasplantada a Norteamérica.

Toshia, cuyo apellido es Ichioaka, nació en Kioto, la antigua capital del Japón, el 10 de enero de 1913. La niña cursó estudios primarios en las escuelas de su país, y terminó su educación en Los Angeles, a donde se había trasladado la familia, y donde su padre estableció una clínica en el populoso barrio japonés de la ciudad. Las tres hermanitas de Toshia, se llaman Futaba, Mía y Shiyuze.

«El monstruo de la selva», es la segunda película Columbia en que Toshia Mori actúa, y en la cual confirma las aptitudes dramáticas que demostró en su primera. El elenco de «El monstruo de la selva», lo componen, además de Toshia, Donald Cook, Peggy Shannon, Alan Dinehart, Dudley Digges y otros artistas de categoría, hábilmente dirigidos por Roy William Neill.

A Edward G. Robinson, le gusta la publicidad

ALGUNAS CONFESSIONES DE «EL REY DE LA PLATA»

Hace algún tiempo, cuando en los Estudios Warner se acabó de filmar «El rey de la plata», de la que es protagonista el formidable actor Edward G. Robinson, sus compañeros de trabajo le obsequiaron con un banquete para celebrar la labor estupefanda que había realizado en aquella producción, una de las más acertadas caracterizaciones de su carrera.

Edward G. Robinson, comensal jovial y campechano, dijo que quería hacer unas confesiones a fin de que la Prensa las publicara y divulgara rápidamente su nombre por todos los ámbitos del mundo.

—Mis confesiones—dijo—se basarán principalmente en la publicidad. No comprendo por qué muchos de mis compañeros, y al decir compañeros no me refiero especialmente a los que se han congregado aquí hoy para obsequiarme, sino que me extendo a todos cuantos como yo trabajan en la pantalla, se empeñan en afirmar que no gustan de la publicidad y se encierran en un mutismo que, ya en sí, es pura publicidad, pues les hace más interesantes y puede la fantasía acañorada de las multitudes imaginar acerca de ellos lo que jamás serían capaces de hacer ni de soñar tan siquiera.

«Por mi parte, puedo asegurar con orgullo y fieramente, que amo la publicidad. Cuando fui a Nueva York y vi los grandes letreros luminosos que anunciaban con enormes letras de fuego «Edward G. Robinson, en «Pasto de tiburones», me sentí contento y satisfecho, más que cuando el director puso sus ojos buenos a la producción en su primer rodaje, porque yo creo que «hacer» una película es sólo la mitad del trabajo; la otra mitad depende de la mayor o menor publicidad que se le dé, por muy bueno, por muy magistral que sea la película y por admirable que sea el trabajo de los actores.

«Todos sabemos—y los que se hacen los interesantes diciendo que no gustan de la publicidad lo saben mejor que nosotros—que ningún actor puede conseguir fama y renombre sin la publicidad. Si los actores han de triunfar sin que la Prensa hable de ellos, sin que los críticos se ocupen de su trabajo, sin que los empresarios coloquen sus nombres en letras gigantes a la puerta de sus teatros, ¿cómo harán conocerse de todo el público? ¿Sabrá éste apreciar su trabajo si no le guía la opinión ajena, si no encuentra en la Prensa la ruta que ha de marcar su gusto? ¿Ignoran esos actores tan desinteresados que el público es una masa que no piensa por sí misma y que necesita quien la empuje, quien la conduzca con mano hábil donde se le propuso llevarla? Y hoy día, más que nunca, es ne-

cesaria la publicidad, debido a la aguda crisis que todo el mundo sufre y que hace pensar a las gentes una, dos y hasta tres veces, antes de decidirse a gastar unas pesetas para asistir a una diversión, y cuando se decide a ello, lo hace porque se ha convencido, por medio de la publicidad, de que la obra que irá a ver le satisfará por completo.

«Quiero, pues, que conste en este día, en este día en que todos vosotros me hacéis la «publicidad» de este banquete, que os agradezco en lo que vale—y para mí vale mucho pues él me demuestra el cariño que me tenéis y la simpatía mutua que nos une—, que la Prensa de todo el mundo publique mi agradecimiento a la publicidad y mi cariño hacia ella, ya que mi triunfo, como el de todos los artistas, se debe, mitad y mitad—y doy este cincuenta por ciento en consideración a muchos de los que podrían ofenderse si diera una proporción desequilibrada—, al propio mérito y a la publicidad que se hace de su nombre y de su trabajo.»

La personalísima opinión de la estrella de «El rey de la plata», le valió una nutrida salva de aplausos y la felicitación de la Prensa por el acierto de sus palabras y por lo que ellas tenían también de «publicidad» para todos los periódicos del mundo.

«The Bowery» (El Arrabal) presentado en París

La «première» de «El Arrabal», ha tenido efecto en París y en cinema Lord Byron durante la segunda semana de febrero actual.

A pesar de los graves sucesos que se desarrollaron en la capital de Francia en aquel momento, «The Bowery» ha obtenido una acogida calurosa y entusiasta de la crítica y del público. He aquí, por ejemplo, un breve comentario de «Aujourd'hui», el nuevo diario parisiense, debido a la pluma de Pierre Sennet:

«Es la primera producción de una nueva Compañía, la «20th Century», realizada por Raoul Walsh. Si esta editora continúa presentando films tan homogéneos y tan divertidos como este, tiene el éxito asegurado.»

A propósito de la «20th Century», tenemos noticias de que dentro de pocos días han de estrenarse en París en el «Studio Universal», dos nuevas producciones de esta Compañía afiliada a los Artistas Asociados, «Broadway por el ojo de la cerradura» y «Gallant Lady» (Mujer valiente).

Los protagonistas de «The Bowery» son Wallace Beery, George Raft y Jackie Cooper, estando el bello sexo dignamente representado en el reparto del film por la bellísima Fay Wray; los de «Broadway por el ojo de la cerradura» son Constance Cummings, Russ Colombo y Stuart Erwin, el célebre cómico, y finalmente los de «Gallant Lady» son Ann Harding y Clive Brook.

Mae West tendrá como competidora, en lo que se refiere a escribir para el cine, a Dorothea Wieck

Dorothea Wieck, la brillante estrella europea, que llegó hace mucho a Hollywood para ingresar en la constelación de la Paramount, promete resultar una temible competidora de Mae West, atracción de los programas cinematográficos y, al mismo tiempo, autora de argumentos y novelas.

Como la principal intérprete de «Lady Lou», Dorothea Wieck une a sus laureles de actriz los que ha cosechado como escritora. En Alemania, su patria por adopción, ganó fama como poetisa, ensayista y escritora dramática.

Mas, aunque ambas sean rivales en el terreno artístico, en la vida privada Mae West y Dorothea Wieck son buenas compañeras, que no tienen inconveniente alguno en alabar mutuamente el trabajo de la otra.

La Wieck, hace algunos años, llevó a cabo el arreglo de «Madame Bovary», la famosa novela de Flaubert, para el cine. Digamos, ya que se trata de ello, que el interpretar en la pantalla a «Madame Bovary» es una de las ambiciones que acaricia la hermosa actriz. Con este propósito en mira, se propone refundir el arreglo que hizo de la obra de Flaubert y que hoy, según ella misma declara, le parece «inaceptable».

Mae West, por su parte, ha escrito los argumentos de tres películas que lleva interpretadas. Su debut cinematográfico tuvo lugar en «Noche tras noche», donde hizo un papel secundario, pero, en vista de la gran aceptación que tuvo con el público, la Paramount la elevó a la categoría de estrella en su siguiente, «Lady Lou», tomada de una obra teatral que Mae había escrito años atrás, y que ella misma adaptó para la pantalla. A esta cinta siguieron «No soy un ángel», y «No es pecado», tomadas también de dos obras teatrales que ella había escrito expresamente para su compañía.

La «20th Century» obsesiona a Ronald Colman

La «20th Century Pictures» (Films Siglo XX) dió una elegante fiesta en honor de Ronald Colman, cuando este actor, a su regreso de Hollywood, entró a formar parte del elenco de estrellas de la nueva editora, fundada por Joseph M. Schenck y Darryl Zanuck, y cuyas producciones son distribuidas por mediación de los Artistas Asociados. Entre los asistentes a la fiesta se hallaban Gloria Swanson, Herbert Marshall, Bessie Love, William Hawks, Darryl Zanuck, Bill Goetz, Raymond Griffith, Bess Meredyth y otras personalidades cinematográficas.

MAE WEST, UNA MUJER DE CARNE Y HUESO

Las heroínas de la pantalla, suelen ser neurasténicas—dice André R. Mauge, en una importante revista profesional francesa—. Debilitadas por regímenes implacables, pasan languidamente sobre un cuerpo flexible un cuerpo marchito donde los ojos, pudiendo apenas sostener el peso de las pestañas, viven sólo una vida febril. En las situaciones más vibrantes, en las más trágicas circunstancias, apenas dejan escapar una lenta sonrisa o algunas palabras irónicas pronunciadas con voz sorda y gutural. Parecen ignorar el estallido de la risa y los rápidos movimientos juveniles. Abandonadas entre los almohadones de los divanes, no encuentran alguna energía sino para enrollarse alrededor de un hombre, o para prolongar durante minutos enteros besos glotones y perversos semejantes a extraños sobresaltos voraces de raras flores carnívoras.

Y he aquí que en este lado tranquilo de introspección y de neurosis, donde la Garbo, la Dietrich, la Crawford, flotan como románticos nenúfares, ha caído una piedra, salpicándolo todo en torno suyo, esta piedra es Mae West.

El encanto de Mae West está en los antipodas del indiferentismo distraído de superioridad, y de enfermiza languidez, que son las armas habituales de las más atractivas figuras femeninas del cine. Esta actriz teatral, célebre en Broadway y llegada tardíamente al cine donde un éxito inmediato la esperaba, es lo que a principios de siglo se llamaba «una hermosa mujer». Posee ese cuerpo suave, carnoso, que se adivina perfumado, estas curvas opulentas y firmes que admiraban nuestros abuelos, antes de la era de las caderas estrechas, el pecho de Efeo y los modales masculinos. Según los cánones actuales, Mae West gorda, sin duda parecería ridículo con un trapecito de esport, al lado de las esbeltas andróginas de hoy día.

Mas apenas se pone el largo corsé de brillante raso, las voluminosas «toilettes» complicadas del ochocientos, vemos renacer una imagen desaparecida, la de la mujer de otros días, adornada con todos los atributos de una moda anticuada y deliciosa; la figura de la mujer no endurecida por los sports y quemada por el sol, sino blanca y suave de piel, redonda de formas, con ese delicado atractivo de las porcelanas, de las cosas tiernas y frágiles. La mirada desacomodada acaricia con curioso placer este escote encantador, este busto espléndido y blanco como la nieve, del que parece mostrarse orgullosa al ofrecerlo como principal atractivo entre los del traje ornado de encajes.

Mas aún no es esto lo principal.

A esta figura regia se une un buen humor vibrante, desbordante de salud y que rebosa en palabras alegres, en risas francas, en ocurrencias acerbas y cínicas. Una vitalidad juvenible se desprende de esta mujer robusta que no se asombra de nada. La sentimos voluptuosa y bien alimentada, pronta al placer, libre de inquietudes, indiferente a la duda, al escrupulo, al remordimiento. Y de pronto, después de admirarla, las deliciosas criaturas anémicas que hasta ayer admiramos nos parecen débiles, sin color, aburridas, inútilmente complicadas.

Mae West, después de haber debutado triunfalmente en un papel episódico de «Noche tras noche», acaba de causar una revolución en «Lady Lou». El asunto de este film Paramount, es la historia de una cantante de café concierto de fines del siglo pasado, adoptado de una obra de la cual ella es autora y que tuvo un éxito resonante en Nueva York. En este film tenemos ocasión de admirar a una Mae West resplandeciente de diamantes y de una belleza de flor espléndidamente abierta bajo el alto peinado lleno de complicaciones y los grandes sombreros adornados de plumas boronas. Y el eco de la risa que provoca su humorismo brutal, ha atravesado el Atlántico.

Esta mujer extraordinaria, ¿va a renovar la moda? He aquí algo que no puede aún decirse. El elemento femenino permanece fiel a Greta Garbo y a la línea, pero los hombres parecen volver a encontrar con entusiasmo un ideal perdido que tal vez creían desaparecido para siempre. El porvenir nos dirá si esta curiosa intromisión de lo retrospectivo está llamada a crear por lo menos un nuevo estilo entre las sombras del cine.

¿Cómo cambian los tiempos!

Mae West, la misma Mae West, a cuyos anuncios se negaban a dar publicidad los grandes diarios neoyorquinos hace siete años, cuando la obra teatral «Sexo», escrita e interpretada por la famosa actriz, escandalizaba a unos, entusiasmaba a otros y traía revueltos a todos, es ahora la estrella a la cual ha convertido la película «Lady Lou» en ídolo de los públicos del mundo entero.

Revistas de tanta respetabilidad como «Vanity Fair», «Harper's Bazar», «Vogue», «Times», dedican no escasa parte de sus columnas a las agudezas de Mae West, acerca de la moda. Porque, como es sabido, la triunfadora de la pantalla es una innovadora en punto a estética femenina.

No es el caso nuevo, por el cual, como sucede ahora con la voluptuosa actriz que con tanto brío ha vuel-

to por la preponderancia de las curvas, el paria de ayer se convierte en el ídolo de hoy.

Sin salir de los Estados Unidos, tenemos a los novelistas Thomas Hardy y Theodore Dreiser, a los cuales volvió la espalda el público porque, en época en que proceder así venía a ser casi un delito, no excusaron tratar con franqueza en sus obras los problemas del amor y de la vida.

Dos grandes poetas norteamericanos, Walt Whitman y Edwyn Markham, ilustran igualmente el punto que ellos, como los dos novelistas antes mencionados, vieron en un principio condenados y rechazados por ciertos puritanos censores. Olga Nethersole, la Nazimova y otras actrices, no escaparon mejor en aquellos días en que el público parecía siempre pronto a escandalizarse. En cambio, Mae West, que más que ninguna otra fué víctima de esa estrechez de criterio, atribuye su éxito presente a que el público de ahora, lejos de enojarse porque le muestren la verdad tocante a problemas morales y amorosos, pide la verdad y la aplaude. Lo cual denota que el público ha progresado.

EL MONSTRUO DE LA SELVA

Peggy Shannon debe su carrera a un truco de reclame

De una pequeña hacienda en la comarca célebre por la cría de cerdos, a Broadway, de campesinita ingenua a beldad de las «Follies» de Ziegfeld... ¡y todo en dos semanas!

Peggy vino con su madre a ver las maravillas del tan sonado Nueva York, y en la pensión donde pararon se hospedaba Bill Page, agente de publicidad del difunto Flo Ziegfeld. Encantado con los largos cabellos de Peggy, su indumentaria campesina y la candidez de sus modales, concibió un golpe de reclame que su jefe aceptó, y anunció a Peggy como una atracción especial: la candida campesinita, recién llegada del campo, que haría la competencia a las beldades capitalinas de las Follies. Y Peggy fué sometida a un proceso pulidor: se le enseñó a bailar, a cantar, a llevar bien los vestidos suntuosos de la revista y a caminar en la escena con el garbo propio de una beldad ziegfeldina. Se le hicieron entrevistas, se escribieron reportajes—Page, el descubridor, se multiplicó—, Peggy apareció en los rotativos, en boletines, cartelones... y por último en el coro de las Follies.

Y para sorpresa del mismo Page, al mes de haber terminado la temporada de las Follies, aparecía en una obra dramática en Broadway al lado de Mayo Methot, y la Gran Via Blanca la vio ascender por seis años. Fué entonces a Hollywood, y la tímida campesina ha sido luminaria en la pantalla. Su última película es «El monstruo de la selva», con Donald Cook, Alan Dinehart y Dudley Digges, del sello de Columbia.

JIMMY DURANTE, EL HOMBRE

Uno de los humoristas de la antigua escuela, decía tristemente, y con toda verdad:

—Nadie comprende al actor cómico.

Esta observación encierra mucho de psicología.

Cuando Sir Henry Irving se mostraba festivo, la gente sonreía, diciendo:

—El gran trágico disfrutó de un rato de esparcimiento.

Si aparecía reservado y de mal humor, la gente meneaba la cabeza, murmurando:

—¡Oh, está acumulando energía para la tremenda interpretación de esta noche!

Los actores cómicos jamás gozan de tales prerrogativas. Cuando están en vena de alegría y los chistes vuelan y chispean con gracia y fluidez consumadas, el público lo recibe como cosa natural, como algo que debe esperarse de ellos. Si aflojan por un momento, si una sombra obscurece su fisonomía, entonces son «malhumorados», «no tienen correa», etcétera. Por eso es que los actores cómicos rara vez se dejan conocer del público de otra manera que como aparecen en la escena.

Ahi tenemos a Jimmy Durante, por ejemplo. El eminente «Narigudo» está tan identificado con su leyenda de vis cómica, que apenas habra veinte personas que lo conozcan realmente, sin el «hot-cha», el inglés entrevesado, en una palabra, sin todas las marcas de fábrica que le han valido su ascenso a las cumbres de la hilaridad.

Si el «Narigudo» se permitiera alguna vez hablar en público en vena seria, reposada, discreta, la gente se mostraría sorprendido, sacudría la cabeza y pensaría que había empezado a declinar.

Las personas que verdaderamente le conocen, saben, sin embargo, que por más interesante que sea Durante, el payaso, el otro Durante, el lector concienzudo, el músico de talento (porque Durante tiene verdadero talento musical); Durante, el hombre que se deleita en el ambiente refinado y tranquilo del hogar, es la personalidad sobresaliente.

Si al «Narigudo» se le ocurriese presentarse en una sala de conciertos, vistiendo el immaculado traje de etiqueta y arrogantemente erguido frente a un piano de cola, anunciando al auditorio: «Señoras y caballeros, esta noche me propongo ofrecerles una velada de ópera», la concurrencia estallarí en violentas carcajadas. Las damas se inclinarían hacia su vecino, diciendo, probablemente: «¿Qué hombre más divertido!».

Y, sin embargo, algo por el estilo aconteció, en realidad.

Una noche, en Hollywood, Lawrence Tibbett, el de la voz de oro, era el invitado de honor en una numerosa recepción. Jimmy Durante contábase también entre la concu-

rencia. Por una u otra razón, el artista que acompañaba a Tibbett al piano, no pudo asistir.

La dueña de la casa, no sabía qué hacer. Entonces, Durante se acercó a Tibbett y le dijo:

—Lawrence, si usted se arriesga, yo le acompañaré al piano.

—El caso es que no he traído nada de música.

—No hace falta. Puedo tocar de memoria.

Y como lo dijo, lo hizo.

Tocó y tocó selecciones de «Rigoletto», «La Bohème», «Carmen», «El barbero de Sevilla», «Il pagliacci», «Don Giovanni», «Aida», «Parsifal», amoldándose a las fantasías del siempre asequible Tibbett.

La concurrencia, arrebatada por la espléndida voz del cantante, olvidó la figura del acompañante, olvidó que tenía la nariz más famosa en la historia, dándose cuenta solamente de que oía algo milagroso en canto, acompañado maravillosamente al piano.

Sus años de cabaret, sus años de «vaudeville», nada le ha retraído a Durante de la práctica y goce de la música clásica. Quien le hubiera visto aporreando las teclas casi hasta pulverizarlas en algún número de jazz, ¿cómo podría imaginarse que era capaz de acompañar de memoria a Lawrence Tibbett?

En otra ocasión, Durante se dirigía a Hollywood. Estaba leyendo en el coche de fumar.

Pasaron dos jovencitas.

—¡Mira, el «Narigudo!»—exclamó una de ellas.

—No, no es él—replicó la otra.

—¡Seguro! ¡Ahi está la nariz!»—insistió la primera.

—Ya la he visto—repuso la segunda—. Se parecen mucho, pero es imposible. ¡Ese hombre está leyendo el «David Copperfield» de Dickens!

Jimmy Durante, a fuer de cómico avisado, nunca intenta proceder en contrario a la opinión que el público tiene de él; pero su actitud frente al mundo es muy distinta de la que asume en su hogar.

Ahi toca música clásica cuando le agrada, y jazz cuando así lo desea.

Su habilidad para intercalar palabras altisonantes en medio de sus frases jocosas, nace de largos años de lectura inteligente y escogida. Nadie podría trastocar el idioma como él lo hace, a menos de poseer un vocabulario enorme y conocer los significados de cada expresión.

Bajo las manifestaciones exteriores de su oficio, Durante es, sin embargo, hombre que piensa detenida y profundamente, que sabe adónde va, y que tiene la discreción suficiente para no permitir que su mano derecha, la que dispone los refinados detalles de su vida privada, se informe de lo que hace su mano izquierda, que carga las baterías de su mercurial y festiva personalidad de las tablas y de la pantalla.

Carmen DE PINILLOS

Eddie Cantor y las mujeres

Si hay alguien en Hollywood, o en cualquier parte del globo, que tenga el derecho de considerarse un perito en chicas, indudablemente es Eddie Cantor, el cómico de los enormes ojazos. En la pantalla, siempre se le ve rodeado de esos cachitos de cielo que son las Goldwyn Girls. No exageramos, amigo lector o linda lectorcita; tú las has visto en todas las películas que Eddie ha hecho para Samuel Goldwyn—mensajes del otro mundo, «Whoopee» y «Ficreo» a la fuerza—. Y volverás a verlas otra vez en su más reciente estracacada, «Escándalos romanos», cuyo rodaje terminó hace poco y la cual será distribuida por la United Artists. Fuera de la pantalla, Eddie Cantor es el ufano papa de cinco pimpollos. Conque no es para admirarse que recientemente un compañero del gremio reporteril acorralase al actor con el único fin de sacarle lo que opinaba en cuestión de chicas. Si esperas alguna profunda observación sobre tan peliaguda materia, vas a quedar defraudado. Dejaremos que hable el mismo Eddie:

—Creo que las muchachas son muy necesarias. Mas aún, me atrevó a decir que a veces son imperantísimas. Mas para el caso, lo mismo ocurre con la cerveza de calidad, rosquet a la inglesa y patatas fritas. A mí me gustan mucho las chicas; tanto es así, que me casé con una. Conoci a mi media naranja en la clase de Aritmética, y desde que nos casamos, nuestro fuerte ha sido la multiplicación. Cuando me siento a comer, me rodean seis: Ida (mi señora), Marjorie, Natalie, Edna, Marilyn y Janet. Por el momento, no hay más.

—Para mí, una chica atractiva es aquella que no necesita lecciones de cocina, que sea maestra en aplicar la dosis requerida de sal, pimienta, mostaza y vinagre.

—Considerando el grupo cortiente de coristas y el tipo de beldades que Mr. Goldwyn emplea para las esclavas romanas en mi nueva cinta, no se me podrá criticar que considere mi trabajo un gran placer. Si yo hubiese vivido en los tiempos en que Roma era la señora del mundo y uno de los pasatiempos favoritos era echar muchachas a los leones, si las chicas en cuestión hubieran sido por el estilo de las Goldwyn Girls, más hubiera preferido ser León que ciudadano romano.

«Moulin Rouge», presentada ante 900 empresarios

Alrededor de 900 empresarios de California asistieron a la exhibición especial de «Moulin Rouge», producción de «20th Century Pictures» (Films Siglo XX), para los Artistas Asociados, con Constance Bennett y Franchot Tone.